

**Querida familia, amigos, padres de familia, comunidad de colegios de los Legionarios de Cristo y para todos a los que mi testimonio pueda servir.**

Mi nombre es Martín Mewes Achondo, tengo 34 años. Estoy casado y soy padre de dos niños.

Esta carta es un relato muy personal, sobre una experiencia que ha sido difícil de comprender y procesar, pero que siento la necesidad y responsabilidad de contar, porque el silencio en situaciones como ésta puede causar un daño profundo, especialmente a nuestros niños.

Creo que al compartir lo que he vivido, las reflexiones que han ido surgiendo y los aprendizajes que aún estoy cursando, puedo contribuir a generar conciencia sobre la importancia de construir entornos seguros, donde nuestros hijos e hijas sepan que estamos aquí para escucharlos, apoyarlos y protegerlos, sin importar cuán difícil sean las circunstancias.

Esto, por supuesto, en paralelo con el inicio de procesos formales de denuncia que estamos trabajando en las instituciones correspondientes.

Durante mis últimos meses viviendo en Estados Unidos, llegaba a mi casa casi todos los viernes y sábados alrededor de las 4am, después de haber tomado bastante alcohol, a seguir tomando más y solo. No voy a entrar en mucho detalle en esto ya que creo que está claro: tenía un problema con el alcohol.

Claramente, a esas alturas con un niño de 1 año, las mañanas eran terribles, pero tenía que aportar (o al menos tratar de ser un aporte) para mi señora y mi hijo. Era muy injusto para ellos dos mi estado, mi cara y mi olor, habiendo dormido no más de 2 o 3 horas y habiéndome tomado casi una botella completa o más.

De vuelta en Chile en marzo del 2022, mi señora que estaba esperando a mi segunda hija, me pidió que buscara ayuda profesional porque ya no aguantaba más esta situación. Yo no quería asumir el problema y mi defensa era que siempre he sido bueno para carretear, pero finalmente accedí a empezar una terapia psicológica.

Empecé con el tratamiento ya que no quería poner en riesgo la estabilidad de mi familia. Después de varias sesiones fuimos tratando algunos temas que no llamaban mucho mi atención, pese a que era evidente mi consumo problemático de alcohol. Sin embargo, mis reacciones durante las sesiones no se condecían sólo con esto. Poco a poco empezaron a aparecer recuerdos; imágenes de mí siendo niño, en una sala en mi colegio (San Isidro), con 2 personas más. Un cura que recuerdo perfectamente, Luis Francisco González, y otro que siempre intuí que era el padre Daniel Reynolds, ambos pertenecientes a la congregación de los Legionarios de Cristo. Cuando vi su nombre en una denuncia reciente, se me removió todo, me dieron ganas de vomitar y mi sospecha se hizo más real.

Nos quedamos trabajando ese recuerdo y cada vez que volvía a esa imagen, mi cuerpo experimentaba reacciones que muy pocas veces había sentido. Estas sensaciones eran muy incómodas y perturbadoras. Sentía asco, debilidad, vergüenza, angustia y, sobre todo, mucho miedo. Finalmente, después de muchas sesiones, mi psicóloga me ayudó a nombrar lo que para mí era una sospecha. Dijo: "lo que viviste fue una situación de abuso". En ese minuto confirmé lo que siempre había creído. Había sido abusado.

Esto pasó cuando yo tenía entre 10 y 12 años, edad en la que participaba como acólito y en otras actividades de los Legionarios de Cristo que eran muy atractivas para cualquier niño. Eras parte de un grupo "importante", se jugaba fútbol, se hacían paseos a alojar y muchas otras cosas. De

hecho, mi mamá hace un tiempo, sin saber lo que había pasado, para molestarme, mandó a mi grupo de familia una foto mía siendo acólito para la primera comunión de uno de mis hermanos: “quién te viera y quién te ve” me puso. Un comentario que aludía a mi odio por la iglesia. Precisamente el cura que realizó esa ceremonia era Luis Francisco González.

Coincidentemente a esa edad mi personalidad cambió en manera radical. Al parecer, pasé de ser un niño muy alegre y cariñoso, a un niño muy retraído, malhumorado, bajé un montón las notas y mi actitud frente a todo lo relacionado con la religión cambió abruptamente y empecé a llevar la contra en todo lo que se refería a la iglesia. Al parecer, había una rebeldía inexplicable en mí que para muchos era difícil de entender.

Desde que tengo recuerdo, he estado en contra de los curas, quienes siempre me han provocado una incomodidad perturbadora. De hecho, entre bromas, siempre le dije a mi mamá que no me gustaban los curas porque “un cura me tocó” mientras estaba en el colegio. Hasta antes de enterarnos de la noticia, era solamente una talla, pero finalmente empezó a tener sentido.

En tercero medio, cuando me correspondía realizar la confirmación, decidí no hacerlo. Conversé con mi mamá, quien por lo demás es (o hasta ahora lo era) muy apegada a la religión y los curas. Le conté que no me iba a confirmar y ella me comentó que cuando era más chico tampoco quise hacer la primera comunión. ¿Qué niño puede decidir u oponerse racionalmente con tanta fuerza a esto, en una comunidad religiosa? Al menos en mi colegio era un paso importantísimo para un niño de esa edad.

Durante todo tercero medio, el padre Daniel Reynolds me sacaba de la sala de clases prácticamente todas las semanas para “conversar” de mi decisión (a mí y a un par de compañeros más que sí se iban a confirmar). Fue bastante hostigador e insistente. Finalmente, convencido de que no podía confirmarme por mi “inexplicable odio hacia la iglesia”, decidí no hacerlo, aunque eso significara que la comunidad de los legionarios me cuestionara frecuentemente.

En este punto, quiero exponer dos cosas que pasaron en mi colegio que creo me marcaron bastante, sobre todo por la injusticia y la sensación de impunidad. El primero, cuando comenzaron los rumores de Marcial Maciel, la única respuesta del colegio hacia los alumnos fue “esta noticia es falsa, es sólo el diablo que quiere hacerle daño a la iglesia”.

Cuando realmente se habían comprobado los casos, lo único que pasó fue que, al día siguiente, los cuadros de Maciel ya no estaban en ninguna parte del colegio. ¿Y las explicaciones? Siento que en ese minuto se nos debió haber explicado y no haber hecho como si nada hubiese sucedido.

El segundo caso es el siguiente. Un poco después de lo de Maciel, en el colegio comenzó el rumor de que al padre Luis Francisco González, el mismo que había abusado de mí, había sido visto en prácticas sexuales inusuales. Creo que lo único que supimos fue que, al poco tiempo, a este cura lo mandaron fuera del país y nunca más nadie supo de él.

Si este caso fue sólo un rumor, pregunto, ¿cómo se debería tratar este tipo de información? ¿Por qué no se abrió una investigación y no se informó de la situación a los alumnos y apoderados? Personalmente creo que, como en toda institución debería pasar, se debió abrir una investigación y dar explicaciones. Pero tampoco fue el caso.

Enterarme del abuso con 33 años y ya teniendo una familia, ha sido muy duro. Principalmente porque después de “la noticia” mis reacciones eran cada vez más intensas frente a muchos estímulos, especialmente si estaban relacionados con la religión. Para el bautizo de mi segunda

hija, al cual accedí exclusivamente porque para mi señora aún eran importantes los sacramentos, ella decidió que debido a todo lo vivido, íbamos a bautizarla con un diácono en vez de un cura, lo cual me pareció razonable. Para mala suerte, este diácono tenía exactamente los mismos anteojos, o al menos me lo recordaban así, a los que usaba el cura Luis Francisco. Me acuerdo de que, para la reunión previa a bautizarla, sentí una rabia gigante e inexplicable y lo único que quería, además de escupirle la cara, era salir de ahí.

El mismo día del bautizo, ese sentimiento fue mucho más severo y durante la ceremonia lo único que pensaba era que quería partirle la cara a combos. Lamentablemente él tuvo que aguantar mi cara y actitud de odio, sin tener culpa alguna. Después mi mamá y mi suegra, quienes no sabían de nada, se acercaron diciéndome que “está bien que no te guste la iglesia, pero no nos parece esa actitud y esa cara de odio tan evidente”. Yo, de muy mala manera, les dije que nunca he querido bautizar a mis niños y que no se metieran porque es una conversación entre mi señora y yo. Después de enterarse finalmente de lo que me había pasado, les hizo sentido todo.

Los primeros 3 o 4 meses después de esta revelación, me notaba muy reactivo, oscilaba entre mucha rabia, impotencia y la falta de ánimo. La peor parte de todo esto se la estaban llevando injustamente mis 2 niños, de 2 años 6 meses y de 8 meses, y mi señora. A estas alturas, la carga emocional era tan alta que debí, además, pedir ayuda psiquiátrica.

Muchas cosas que antes eran como piezas sueltas de un rompecabezas empezaron a hacer sentido. Por ejemplo, el cambio abrupto en mi personalidad siendo chico, mi cambio de actitud hacia el colegio, los aprendizajes y la religión. También alrededor de los 20-25 años tenía actitudes autodestructivas como agarrar a combos paredes o árboles hasta romperme los nudillos o manejar “borrado” largas distancias, imagino que esperando que algo malo me pasara. Muchísimas veces amanecía en mi cama después de haber manejado ebrio, sin tener idea de cómo había llegado. Además, tengo muy pocos recuerdos de mi infancia y pubertad que, por lo demás, muchos comentan que esta última empezó muy temprano y terminó muy tarde.

Por otra parte, no sé si es habilidad de los curas, de los Legionarios en particular o, bien, de un abusador en sí, pero te hacen sentir débil, sucio, culpable, traicionado, con rabia, con impotencia. Sientes que no vales nada. Empiezas a dudar si efectivamente pasó, si le estoy poniendo color o si habrá sido realmente tan grave, proceso que te va comiendo la cabeza. Estuve muchas horas investigando para saber si a alguien más le pasó, porque no puedo ser el único, y lamentablemente no encontré muchas respuestas, sólo una. Al parecer, por lo que comento arriba, la gente calla y prefiere no hacer tanto ruido. Al menos fue lo que personalmente me pasó hasta hace poco.

Comento todos estos detalles sólo para ilustrar cómo nos puede impactar un trauma a temprana edad, especialmente si no tienes la habilidad de conversar para “botar” y, además, en mi caso, una nula conexión con mis emociones. Les hablo de esto un poco más adelante.

¿Por qué decidí escribir todo esto? Al principio por la rabia que me generó haber leído una carta, donde se exponía nuevamente cómo estos casos se tapan y lamentablemente desde “muy arriba”. Ahora porque creo que “hablar”, “no tapar”, “no esconder” puede ser sanador para mí y para mi familia. Pero también porque puedo aportar de alguna manera para que a ningún otro niño o niña le pase algo parecido.

Les quiero compartir algunos mensajes y reflexiones que han ido surgiendo en todo este proceso, basadas en conversaciones que he tenido con mi psicóloga y otras personas cercanas y que hago, sólo con el fin de crear un ambiente más seguro.

Lo primero, cuidar a los niños.

A los papás de niños chicos. Estar atentos con los cambios (conductuales, emocionales, de humor) radicales y consistentes de sus hijos. Los niños no tienen el vocabulario que tiene un adulto, por lo que, si ustedes les preguntan cosas, muchas veces no van a saber cómo responder. Imagínense un abuso, ¿qué términos podría tener un niño de 10 o 12 años en su vocabulario para explicar una situación como ésta? Lo que sí puede darles algunas señales, son sus actitudes y conductas. No quiero ser alarmista con esto, pero creo que es importante estar muy presentes en todo sentido. Al menos creo que se reducen los riesgos de abuso si hay un entorno con adultos atentos y activamente informados.

Tampoco quiero causar paranoia y asumir que cualquier reacción significa que hayan sufrido un abuso. Pueden ser una infinidad de cosas: estar pasando por un mal momento, bullying, abusos de cualquier tipo u otra cosa significativa. Sin embargo, he aprendido que es importante conversar con los hijos, de lo que sea, preguntarles qué les pasa, y si ellos no saben, porque es difícil saberlo, tratar de ayudarlos a ponerle nombre a lo que sienten y que aprendan a identificar desde chicos sus sentimientos. Hoy es muy difícil hacerse el tiempo de conversar con los niños, pero creo que es muy importante hacerlo. El hecho de conversar es una habilidad que se aprende y tenemos que enseñarla. Yo al menos la aprendí muy tarde, en mis sesiones de terapia.

Nos guste o no, culturalmente los hombres tienen que mostrarse fuertes y emocionalmente se nos exigió bastante. “Los hombres no lloran” es algo que yo personalmente tenía plasmado en mi forma de ser (nunca escuché a mis papás decirlo, pero en el entorno donde crecí era algo común). Para mí, mostrar los afectos era signo de debilidad y fragilidad. Hoy siento que tenemos la tarea de empezar a cambiar y dejar de refugiarnos en el trago u otras maneras poco sanas.

El copete me ha servido, inconscientemente, para reprimir todas las emociones que nunca aprendí a conversar, pero que, de alguna manera y sin saberlo, estaban dando vueltas en mi cabeza. Nuevamente no quiero ser alarmista con el trago, ni que todos los que tomamos hartos necesariamente nos pasó algo grave. Chile es de los países con índices de alcoholismo más grandes del mundo y al menos acá, el consumo de los hombres es bastante alto y está normalizado, especialmente donde me tocó crecer; no habían bares ni discotecas y nuestros carretes eran juntaros a tomar en casas. Mala mezcla para alguien con un trauma que no reconocía ni sabía conversar de sus emociones. Irónicamente, gracias a mi problema con el alcohol, tengo la oportunidad de conocerme y entenderme mejor, lo que me está ayudando muchísimo para sanar.

Permitamos que los niños cuestionen. Claramente tenemos más experiencia de vida que ellos, pero creo que es importante que ellos vayan formando sus propias ideas y opiniones. El clásico “porque yo lo digo”, “yo soy el papá/mamá”, “es mi casa, son mis reglas” a mí parecer no ayuda. Educar acatando la autoridad, en entornos en que los niños no son escuchados, los deja más desprotegidos frente a eventuales abusos, los que la mayoría de las veces provienen de figuras de mayor poder y autoridad.

En el cuidado de los niños, estamos todos involucrados. Invito a los abuelos. Ustedes ya criaron y siento que pueden aportar muchísimo desde su experiencia. Hoy tienen más tiempo que antes para fijarse en detalles de sus nietos y poder levantar alarmas de manera temprana. Pueden mirar todo desde una perspectiva distinta, desde afuera. Muchas veces los papás estamos tan demandados por la crianza que podemos dejar de ver señales importantes.

Levanto también la importancia de educar a nuestros hijos en el cuidado y respeto por el propio cuerpo y el de los demás. Creo que es un aspecto relevante para la prevención del abuso. El abuso sexual infantil es mucho más frecuente de lo que alguna vez me imaginé y pasa en todos lados.

Finalizo esta carta desde mi experiencia personal de dolor, pero también desde la rabia e indignación hacia la manera negligente en que los legionarios y la iglesia han manejado las situaciones y denuncias de abuso sexual de menores.

¿Cómo se van a salir de nuevo con la suya? ¿Cuánto poder tienen realmente? ¿Cómo va a ser esto tan injusto para las víctimas? ¿Cómo no van a ser capaces de hacerse cargo? ¿Hasta cuándo van a seguir escondiendo cosas? Creo que es muy importante informarse, principalmente quienes tengan contacto con los legionarios, de cómo fue formada esta congregación.

Es importante cuestionar y cambiar las actuales prácticas en los colegios (legionarios), y no haciendo vista gorda a todo esto. ¿Por qué a los profesores se les limita el contacto con niños y a los curas no se les aplican las mismas reglas? ¿Los curas pasan por los mismos filtros psicológicos que los profesores o solamente los “ponen” en sus puestos sin ningún tipo de evaluación? ¿Es bueno que estos curas estén tan inmersos en colegios? Sobre todo, dado el expediente de esta congregación y su relación con niños.

Quiero comentar que el comunicado que se mandó desde los legionarios y desde mi colegio por mi caso en particular, es un buen avance, aunque personalmente por razones que creo que son obvias, no confío ni en los legionarios ni en la iglesia, entonces tampoco en sus intenciones. Creo que es hora de que todas estas instituciones, que están demasiado endiosadas a mi parecer, revisen todos sus procedimientos. Creo que también les deben pedir perdón a todas y cada una de las víctimas de abusos. Esto de alguna manera sana, aunque dudo que sea suficiente.

Quiero invitar a los que alguna vez fueron abusados y que todavía no pueden hablar, que traten de hacerlo, busquen ayuda profesional. Claramente cada uno vive su proceso y la idea de mi mensaje es que lo vivan como ustedes crean que les va a hacer mejor. Aunque empezar a hablarlo ayuda infinitamente. Por mi lado, estoy muy disponible a aportar en lo que pueda.

Por último, quiero agradecer principalmente a mi señora, a mi familia, a mi psicóloga, a mi psiquiatra y a mi abogado. Tengo un equipo que me está ayudando a mejorarme. Agradezco profundamente también a todos quienes nos han escrito para mostrarnos su apoyo. Ha sido muy reparador leer todos estos mensajes, especialmente de personas que me conocen. Además, agradecer por la carta que han firmado exalumnos, ex apoderados y personas que trabajaron en mi colegio.

Créanme que este apoyo se siente y, al menos a mí, me está ayudando un montón a vivir tranquilo con esto.

Un abrazo,

**Martín Mewes Achondo**